



TODOS MIENTEN

José Ángel Varela

TODOS MIENTEN



Primera edición: julio de 2022

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© José Ángel Varela

ISBN: 978-84-19340-82-5

ISBN digital: 978-84-19340-82-2

Depósito legal: M-17257-2022

Editorial Adarve

C/Ros de Olano, 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

En el 2013 el futuro no era más que un largo túnel oscuro, la carnicería de la desesperación se cebaba en numerosos hogares y miles de desempleados amenazaban con provocar un estallido social de consecuencias imprevisibles. Sin embargo, lo que vino después, lo que tuvimos que soportar, fue muchísimo peor. En realidad, nadie en nuestro país estaba preparado para afrontar una catástrofe de semejante magnitud.

Ha transcurrido una década desde entonces y el declive social, económico y demográfico se ha agravado hasta límites insospechados. El sistema de la Seguridad Social quebró hace ya cinco años, las pensiones son simplemente un vago recuerdo y las principales ciudades, escenario de numerosos actos de pillaje provocados por la hambruna, son asediadas por hordas de parados violentos a los que la Policía llama zombis.

Los partidos políticos casi han desaparecido, barridos literalmente por una explosión de furia y frustración ciudadana. Solo sobrevive una reducida clase dirigente, incompetente y corrupta, que se refugia en zonas residenciales militarizadas y solo aspira, como antes, a mantener sus privilegios. El resto de la gente sobrevive como puede, aunque la pobreza ha terminado por devorar las frágiles esperanzas de la mayoría.

El último Gobierno conocido, antes de que la anarquía se apoderase definitivamente de las calles, legalizó la eutanasia para facilitar la muerte de numerosos ancianos que, privados de recursos y sin ayuda familiar, se veían abocados a un desenlace dramático. La medida fue apoyada, sin reservas, por todo el mundo. Con el sistema de protección social quebrado, nadie quería responsabilizarse del cuidado de sus mayores.

No obstante, la medida más polémica de todas cuantas aprobaron fue la referida a los zombis, es decir, a los desempleados de

larga duración. Las autoridades, ajenas al sufrimiento del pueblo, decidieron que tres años sin ocupación laboral eran motivo suficiente para ingresar en prisión. De ese modo, la ausencia de trabajo, además de un estigma social, pasó a convertirse en una nueva clase de delito tipificado en el código penal.

El hambre, el miedo y la desesperación hicieron el resto. Miles de parados, sin nada que perder, se echaron a la calle en las principales ciudades del país, dispuestos a saquear y a dar rienda suelta a su frustración. La Policía se vio impotente en muchas ocasiones para contenerlos. Ahora, el odio es una hoguera feroz en la que se consumen las ilusiones de muchos y lo único importante es la supervivencia.

En medio de este panorama desolador, la industria del entretenimiento resurgió y los programas de telerrealidad viven, en estos momentos, una nueva edad de oro. Cuando ya creíamos que la telebasura había rebasado todos los límites posibles, nuevos formatos más audaces y despreciables reventaron los índices de audiencia, consiguiendo éxitos insospechados y convirtiendo en multimillonarios a sus creadores.

Imágenes de sexo explícitas, mutilaciones, agresiones de todo tipo e incluso suicidios en directo, todo vale con tal de congregarse a millones de televidentes ante la pantalla. Las cadenas ofrecen suculentos premios en metálico a todos aquellos que estén dispuestos a llegar un poco más lejos que sus adversarios. Y mucha gente, hambrienta y sin recursos, anhela formar parte del elenco de concursantes que nutren ese tipo de programas.

Yo llevaba casi tres años en el paro cuando recibí el encargo. Había ejercido como periodista durante más de dos décadas y ya había perdido la esperanza de volver al oficio algún día. Al principio recibí la oferta con cierto escepticismo. Sin embargo, tras pensarlo con calma, decidí aceptar porque, al fin y al cabo, tenía todo el tiempo del mundo para perderlo y, como mi situación ya era lamentable, podía seguir perdiéndolo.

El primer contacto se produjo en un local de la Gran Vía, muy cerca de la confluencia con San Bernardo. Y fue fruto de la ca-

sualidad porque aquella parte de Madrid, escenario reciente de violentos enfrentamientos entre la Policía y los zombis, se había convertido en una de las más peligrosas de la ciudad. La prudencia y el sentido común aconsejaban, por lo tanto, mantenerse lejos de allí y yo era exactamente lo que hacía.

No obstante, el día que recibí el encargo mi presencia en la zona resultaba obligada. Un amigo de la infancia que vivía muy cerca del antiguo cine Callao me proporcionaba, con cierta regularidad, una serie de alimentos que mi desesperada situación económica me impedía adquirir. No podía, por lo tanto, permitirme el lujo de rechazar su ayuda y la necesidad terminaba por imponerse al miedo que me embargaba.

Nunca supe muy bien qué empujó a aquel hombre a confiarme su secreto. Supongo que mi etapa como tertuliano en diversos medios audiovisuales contribuyó a ello. El caso es que yo jamás había entrado en el establecimiento en el que se me acercó. Y nunca lo hubiese hecho de no ser porque, cinco minutos después de despedirme de mi amigo, una nueva ráfaga de violencia estalló en la calle y tuve que correr para refugiarme.

Al menos una docena de personas que, a juzgar por sus pancartas y las consignas que proferían, debían llevar bastante tiempo en el paro, avanzaban calle abajo arrasando el mobiliario urbano y todo lo que encontraban a su paso. Muy cerca de donde yo me encontraba, un grupo de antidisturbios salió a su encuentro, dispuestos a atajar sus desmanes. En menos de un minuto la zona se convirtió en un escenario de guerra.

Lejos de amilanarse ante la presencia policial, los desempleados, acostumbrados ya a ese tipo de refriegas, respondieron con todo lo que tenían a su alcance: adoquines, tirachinas que arrojaban bolas metálicas e incluso artefactos incendiarios de fabricación casera. Su beligerancia exacerbó aún más los ánimos de los antidisturbios, que rodearon a los manifestantes y cayeron sobre ellos con la furia de un enjambre.

Un porrazo estuvo a punto de alcanzarme. En medio de la confusión y la algarabía eché a correr como un poseso. No era la

primera vez que, contra mi voluntad, me veía involucrado en un episodio semejante y no estaba dispuesto a quedarme allí para que me rompiesen la cara. A unos metros por delante de mí alcancé a ver la puerta abierta de una cafetería. Logré llegar hasta ella en tres zancadas y respiré aliviado al verme a salvo.

Descendí por unas escaleras hacia el interior del establecimiento. Media docena de caballeros se acodaban en la barra, ajenos por completo a lo que acontecía en la calle. Allí cada uno parecía ir a lo suyo y nadie pareció reparar en mi presencia. Tan solo el camarero, un joven de aspecto latinoamericano, me obsequió con una mirada indolente y me preguntó con un susurro de voz qué deseaba.

Aún podía percibir el fuelle cansino de mi respiración tras el esfuerzo físico realizado. Pedí una tónica sin hielo y me senté en una mesa que estaba situada cerca de la barra. Miré mi reloj de pulsera y calculé el tiempo que necesitaría para regresar de nuevo al exterior sin asumir riesgos. Supuse que, en menos de media hora, la refriega habría concluido y podría volver a la calle sin problemas.

No habían transcurrido ni cinco minutos cuando uno de los clientes que se hallaba sentado en la barra se giró en su taburete y comenzó a observarme de forma persistente, sin ningún disimulo. Estuve a punto de reprochárselo, pero finalmente opté por ignorarlo y no darle mayor importancia. Sin embargo, él continuaba mirándome con el mismo interés con que un entomólogo estudia un extraño ejemplar de mariposa.

Durante mi espera, escuché de forma involuntaria el diálogo que un caballero mantenía con el camarero. Al parecer, el cliente, un anciano de aspecto quebradizo, había logrado llegar hasta allí en metro, con el propósito de encontrar a su hijo. Al oír su relato, no solo el trabajador del establecimiento, sino varios de los que nos encontrábamos en el local, esbozamos de forma espontánea una mueca de perplejidad.

El metro era, probablemente, uno de los medios de transporte más arriesgados que uno podía utilizar ahora en Madrid. Las circunstancias desaconsejaban rotundamente su uso. Aunque resultaba difícil disociar la leyenda urbana de la pura realidad, eran

muchas las historias truculentas que se contaban en torno a él. Se trataba de un escenario idóneo para sufrir un ataque violento, sobre todo a última hora de la noche. Inaugurado en 1919, durante el reinado de Alfonso XIII, sus estaciones se habían convertido, para muchas familias, en un eficaz refugio antiaéreo durante la Guerra Civil. Sin embargo, ahora algunas de ellas eran un territorio casi prohibido que frecuentaban numerosas bandas de desempleados. Las más peligrosas eran las de Ríos Rosas, Chamberí, Bilbao, San Bernardo, Atocha y Tirso de Molina.

Si uno se aventuraba a pasar por ellas, sabía muy bien a lo que se exponía. Con los antidisturbios vigilando las calles de forma permanente, la mayor parte de los delitos violentos que se habían cometido, en los últimos años, tenían como escenario las líneas del metro. La gente, conocedora de esa inquietante estadística, solo recurría a él si no le quedaba más remedio que hacerlo. Y aun así se lo pensaba dos veces antes de decidirse.

No pude evitar un ligero estremecimiento tras escuchar al anciano. Aquel pobre hombre, impelido sin duda por la fuerza de la sangre, había arriesgado su vida en aquel laberinto subterráneo para encontrar a su hijo. Y finalmente no había logrado localizarlo. Nadie quiso decirle nada, probablemente para no acentuar aún más su angustia, pero todos los que estábamos allí nos imaginábamos ya la suerte que habría podido correr.

Cuando ya casi había conseguido olvidarme del cliente que no cesaba de vigilarme, vi que este se incorporaba y avanzaba con paso firme hacia donde yo me encontraba. Con una naturalidad que juzgué sorprendente, como si me conociese de toda la vida, esbozó una media sonrisa y se sentó a mi lado. Perplejo aún por su comportamiento, puse cara de circunstancias y aguardé a ver cuál sería su siguiente reacción.

—Perdone mi atrevimiento —me dijo por fin tras unos segundos que me parecieron interminables—. Lo conozco de la televisión. Usted es Lucas Beltrán. ¿Verdad?

—Así es —respondí con aire resignado—. ¿Y usted es?

—Bueno... —vaciló unos segundos mientras en su rostro se dibujaba una expresión enigmática—. Digamos que soy alguien que seguía con interés sus intervenciones televisivas, un ciudadano anónimo que disfrutaba con su talento e ingenio.

—Eso fue hace mucho tiempo —exclamé con un punto de melancolía—. Las cosas han ido a peor desde entonces.

—Ya —añadió con gesto de conmiseración—. Discúlpeme si me inmiscuyo en lo que no me concierne, pero... ¿Lleva usted mucho tiempo sin trabajo verdad? No me esperaba su interpelación y no alcanzaba a averiguar por qué se interesaba tanto por mi situación laboral. Aunque no me gustaba nada su escrutinio, la prudencia y la educación con que me había formulado la pregunta me disuadieron de responderle con un exabrupto.

—La vida es dura, querido amigo —me limité a responderle con un gesto de hastío—. Uno hace lo que puede, pero las cosas no siempre salen como uno quisiera.

—Estos son tiempos muy difíciles para todos señor Beltrán —sentenció mientras su rostro adquiría una expresión grave—. Pero alégrese y no pierda la esperanza porque es muy posible que la suerte no tarde en sonreírle.

Sus palabras contribuyeron a aumentar mi desconcierto. En realidad, no comprendía nada de lo que me estaba ocurriendo. La situación se me antojaba francamente surrealista. Aquel hombre, al que no había visto en mi vida, y por razones que desconocía, se empeñaba en establecer un vínculo de complicidad conmigo y su insistencia comenzaba a irritarme.

—Mire, caballero —le advertí reprimiendo mi impaciencia—. Estoy seguro de que usted valora tanto su tiempo como yo el mío. Y, para serle sincero, no alcanzo a ver cuál es el objeto de esta conversación.

—No se enfade, por favor —me atajó de forma apresurada al percibir mi creciente malestar—. Quizás debería haberle dicho mi nombre desde el principio, pero, hágase cargo, en mis circunstan-

cias la discreción y la prudencia son absolutamente imprescindibles.

—¿Y cuáles son esas circunstancias? ¿Y, sobre todo, qué diablos tienen que ver conmigo? —lo interpelé con una mirada cargada de suspicacias.

—Me llamo Fulgencio Antúnez —afirmó en voz baja como respuesta a mis requerimientos—. Y tengo un trabajo para usted y una historia que contarle.

El director de la residencia de Pozuelo me ha recordado esta mañana que el periodista ha vuelto, por tercera vez, a preguntar por mí. No sé qué interés tiene ese muchacho en lo que pueda contarle un pobre viejo, que ya solo aspira a irse de este mundo sin hacer demasiado ruido. Al parecer, no acepta una negativa por respuesta. Está empeñado en hacerme una entrevista al precio que sea y no se rendirá fácilmente.

Yo estoy sorprendido y confuso ante su perseverancia, no acabo de creermelo que el testimonio de un anciano pueda ser relevante para alguien. Estamos en el año 2003 y, desde que llegué aquí, hace casi seis meses, nadie, exceptuando algún familiar, había reparado en mí. Además, no estoy seguro de si el recuerdo de tanto sufrimiento servirá para algo más que para resucitar los fantasmas que pueblan la vida de cualquier hombre lúcido.

Me aburro soberanamente en este lugar en el que todos —cada uno a su manera y aferrándose a lo que puede— aguardamos la muerte. Hay que llamar a las cosas por su nombre y dejarse de tonterías. A primera hora de la tarde y, sin saber muy bien por qué, he vuelto a reconsiderar la petición de ese dichoso redactor. Sé que la evocación de tanta infamia me obligará a recuperar de nuevo episodios demasiado dolorosos.

Sin embargo, también siento que es algo que le debo a los que ya no están. Y que hablar de todo aquello contribuirá, de alguna manera, a honrar su memoria. Si ese muchacho quiere conocer

mi historia e insiste tanto, supongo que también él tiene derecho a una oportunidad. Le he dicho al director de la residencia que le transmita mi aprobación. Y que lo cite en la cafetería cuando crea oportuno. Cuanto antes resuelva el trámite, mejor.

A las nueve de la mañana ya estaba aguardándome. No creo que llegue a los treinta años. El flequillo que cae sobre su frente le otorga un aspecto inequívocamente juvenil. ¡Hay que ver qué cosas más raras le encargan a este chiquillo en su periódico! Al parecer, los responsables de su diario preparan una serie de reportajes sobre la Guerra Civil y yo he sido uno de los elegidos para la entrevista.

Antes de comenzar, le pregunto por curiosidad cómo ha dado conmigo, quién le ha hablado de mí. Y con cierta mansedumbre, con un tono de voz que denota respeto, responde que en la asociación de excombatientes le han facilitado un listado en el que figura mi nombre. Maldigo por lo bajo al funcionario cuya diligencia profesional ha hecho posible nuestro encuentro. E invito al joven a que empiece su trabajo.

Asiente con la cabeza, con un gesto amistoso. Nos acomodamos en una mesa de la cafetería. A esa hora casi no hay nadie y reina el silencio. Él me pide permiso para encender una grabadora que sitúa frente a mí. Yo me siento amedrentado por la presencia de aquel artefacto, vacilo unos segundos. Estoy a punto de arrepentirme. Sin embargo, después de revolverme en la silla, trago saliva y accedo a que encienda el aparato.

—¿Qué es lo que quieres saber? —le pregunto por fin, justo antes de pedirle dos cafés con leche al camarero.

—Su historia —responde mientras repasa una serie de anotaciones en su libreta—. Todo cuanto pueda contarme de la guerra. Usted se llama Ángel Castro y tiene ochenta y nueve años. ¿Verdad?

Afirmo lentamente con la cabeza, aunque sus palabras me desazonan. Noto cómo se tensa el arco de mis sentimientos hasta transfigurarme el rostro en una mueca amarga. Creía que podría hacerlo, pero ya empiezo a intuir que volver a hablar de ciertas cosas va a resultar más difícil de lo que pensaba.

—¡Todo cuanto pueda contarte! —exclamo algo contrariado—. ¡Necesitarías más de una libreta y una grabadora para eso!

—Bueno... —rectifica apresuradamente, temeroso de que mis reticencias iniciales hagan peligrar su entrevista—. Lo que considere más importante. Créame que no le robaré mucho tiempo.

Ahora percibo la incertidumbre amartillada en sus ojos, tiene miedo de que me vuelva atrás y de que sus jefes lo regañen por no hacer el trabajo. Lo tranquilizo diciéndole que me conceda unos segundos, que necesito tiempo para adentrarme de nuevo en la vorágine de mis recuerdos. Siento que la emoción me embarga y esta me produce el mismo efecto que las ortigas en la sangre.

—Cuénteme, por ejemplo, cuál era su cometido en Madrid —se atreve a preguntarme tímidamente, como si temiese importunarme con sus palabras.

Asiento con la cabeza, pruebo el café y, casi sin darme cuenta, comienzo a tirar del hilo de mi memoria.

—Llegué aquí en los primeros días de enero de 1937, justo cuando los bombardeos sobre la ciudad se producían de manera más regular e intensa. Recuerdo que, en una de esas incursiones, la aviación franquista provocó numerosos daños en la calle de Zurbarán, en la plaza de Luis Zurita, y también en la humilde pensión de la glorieta de Bilbao en que me alojaba. En un ataque posterior llegaron a dañar incluso la embajada inglesa y la delegación egipcia.

—¿De dónde procedía usted?

—Yo venía huyendo de mi Galicia natal, donde la sublevación militar había triunfado sin apenas resistencia. Para mí era cuestión de vida o muerte. Alguien como yo, estrechamente vinculado al partido comunista, tenía las horas contadas si permanecía en mi tierra. Dejé a mi esposa Isabel en Coruña con una hermana suya. Y acordamos que ella intentaría desplazarse a Madrid en cuanto yo me hubiese acomodado.

—¿Qué fue lo primero que hizo al establecerse?

—Lo primero que hice fue ponerme a salvo. Y tuve mucha suerte de que el bombardeo de la pensión no me llevase a mí por

delante. Recuerdo que estuve un par de días perdido, deambulando de un lado para otro sin saber qué hacer, refugiándome en el metro cuando el sonido de las sirenas advertía de un ataque aéreo. Después logré localizar a un amigo vinculado al partido y fue él quien me recomendó ante sus superiores. Y así fue como me introduje en la organización.

—¿Organización? —me pregunta con el ceño fruncido, mientras echa un vistazo a la grabadora para asegurarse de que funciona—. ¿Se refiere a la que se dedicaba a perseguir y eliminar quintacolumnistas en Madrid?

—Sí, esa misma —admito con gesto taciturno.

—¿Cuál fue su relación con los soviéticos? —me descerraja la siguiente pregunta de forma inesperada.

—Alto ahí, jovencito —respondo con impaciencia al comprobar que sabe mucho más de lo que me imagino. Le exijo que me revele quién le ha contado ciertas cosas de mí. Y él, ante la tesitura de verse obligado a interrumpir la entrevista, confiesa que le interesa especialmente una parte de mi biografía, la que concierne a mi relación con los servicios secretos soviéticos. Me asegura que ha estudiado a fondo el asunto, que ha buceado a conciencia en todo tipo de archivos y fuentes bibliográficas.

Pondero sus argumentos antes de decidir si prosigo o no con aquel interrogatorio. Sospecho que el periodista, envalentonado por su conocimiento del terreno, tiene ya la próxima pregunta en la punta de la lengua. Siento que los recuerdos rompen en mi memoria como una ola inesperada que lo arrastra todo a su paso.

Como gesto de buena voluntad y para ganarse mi confianza, apaga la grabadora y me observa durante unos segundos en silencio. Aunque acabamos de empezar, es consciente de que necesito un respiro. Sabe que, si no afloja un poco, corre el riesgo de perder el resto de la entrevista. He tenido incluso la tentación de levantarme de la silla e irme, de dejarlo solo en la cafetería.

A veces sueño con que miles de hormigas se apoderan de mi memoria. Y que mis recuerdos son tan solo un leve rastro de azúcar. Por momentos tengo dificultades con las fechas y con los nombres. Ahora sé que hay penas que nunca reposarán en el corazón y, por mucho que se hable de ellas, la desgracia no disminuirá nunca.

Con cierta desconfianza me pregunta si podemos continuar. Me pide disculpas y me aclara que, en lo sucesivo, responda solo a lo que considere oportuno, que solo pretende hacer lo mejor posible su trabajo. Agradezco sus palabras y asiento con la cabeza. Entonces conecta de nuevo su grabadora.

—Durante su estancia aquí, ¿llegó a conocer personalmente a Alexander Orlov?

—No —niego de forma categórica—. Nuestros enlaces eran mandos intermedios de la NKVD. Por razones de seguridad, jamás nos comunicábamos directamente con sus superiores. A veces incluso teníamos problemas con las instrucciones que recibíamos por el idioma. Nuestros traductores no siempre interpretaban correctamente las órdenes que nos llegaban.

—Pero él supervisaba todo el trabajo sucio... —insiste sin dejar de observar sus notas.

—Sí, es verdad —afirmo con un poso de cansancio en la mirada—. Pero tras la desaparición de Andreu Nin, el del POUM, todo se complicó y el asunto se les fue de las manos. Julián Zugazagoitia, que era ministro de la Gobernación, ponía todos los días el grito en el cielo. E incluso Negrín y otros miembros del gabinete como Irujo expresaron sus quejas.

—¿Qué sucedió entonces?

—Al parecer, alguien decidió en Moscú que lo más prudente era retirar a Orlov de la circulación durante una temporada. Nadie volvió a saber nada de él. Algunos sostienen incluso que huyó a Estados Unidos con un pasaporte falso, pero no puedo asegurarlo.

—Y Mijail Koltsov, el corresponsal de *Pravda*. ¿Cree usted que tuvo algo que ver con el traslado de los presos de la Modelo?

—No tengo ni la más remota idea. Aún no había pisado Madrid cuando ocurrió eso. Además, bastante tenía con hacer lo que me mandaban. Aquellos rusos eran gente extraña. Nunca llegaron a fiarse por completo de nosotros. Sí, es verdad que todos pertenecíamos al mismo partido. Pero después cada uno iba a lo suyo. Ellos diseñaban las operaciones y yo me limitaba a cumplir las órdenes sin rechistar. Actuar de otra forma, además de peligroso, habría sido una estupidez por mi parte.

Ahora percibo cierta incredulidad en el semblante de mi entrevistador. Intuyo que mis últimas palabras no han satisfecho su curiosidad. Este muchacho se equivoca si cree que ha venido a consultar un oráculo. No tengo inconveniente en compartir algunas de las cosas que sé con él, pero otras sencillamente se me escapan.

—¿Y las checas? ¿Qué puede decirme de ellas?

En cuanto acaba de formular su pregunta, siento que el percutor de las emociones está a punto de dispararse de nuevo en mi interior. Para mostrarle mi desagrado, me atrincheré en un silencio hosco y expectante. El periodista sospecha que he acusado el golpe, que no ha dado el paso correcto en el campo de minas en que se ha convertido nuestra conversación. Y, antes de que explote, procura anticiparse para evitar males mayores.

—Está bien —admite con expresión compungida—. Ya le he dicho antes que no está obligado a responderlo todo. Si el asunto le afecta, nos olvidamos de él y ya está.

—No, no es eso, hombre... —ahora soy yo el que trata de mostrarse conciliador—. Pero compréndelo. Se me hace duro a veces recordar ciertos episodios. De repente, es como si todo aquello volviera a manifestarse de nuevo con su dolorosa intensidad.

—Me hago cargo —asiente de forma respetuosa—. ¿Quiere que nos tomemos un descanso?

—No, no te preocupes. A ver. ¿De qué estábamos hablando?

—De las checas —reitera con timidez—. Si se ve con fuerzas para ello, me gustaría que me hablase del episodio de Boadilla del Monte.

—¿De Boadilla? —sus palabras me han descolocado y niego

con la cabeza—. ¿A qué episodio te refieres? Desconozco por completo esos hechos.

—Me refiero al lugar en el que fueron enterradas cincuenta víctimas de la checa de Fomento, asesinadas a finales de octubre de 1936 —se ve obligado a aclararme al ver mi desconcierto inicial.

Tras escucharlo, niego lentamente con la cabeza y resoplo. El periodista advierte al instante que quizás ha podido equivocarse. Y me interroga con la mirada en busca de ayuda.

—Repasa la grabación, anda —le digo por fin con cara de circunstancias—. Como te he dicho antes, yo llegué a Madrid a principios de 1937. Aún me encontraba en Galicia cuando ocurrió eso.

El joven se golpea ligeramente la frente con los nudillos de su mano derecha. Me pide disculpas y carraspea. Por lo que veo, o no está atento a lo que le cuento o la documentación que maneja le ha jugado una mala pasada. En cualquier caso, le resto importancia a su equivocación y le pido que prosiga.

—Bien, dejemos lo de las checas para otro momento —intimidado por su error, ahora opta por la retirada y decide cambiar de tercio—. ¿Cómo era la ciudad en aquella época? Creo que conoció a grandes figuras del periodismo internacional, que compartió incluso aventuras y penalidades con ellas.

Me complace que, en este momento, mi entrevistador decida adentrarse en aguas más tranquilas. Creo que el orden de sus preguntas es más fruto de la improvisación, del apasionamiento juvenil, que de una estrategia calculada de antemano. Enfrentarse a su interrogatorio es como sortear el curso de un río de aguas turbulentas, nunca sabe uno con qué va a encontrarse en su trayectoria errática.

—Sí, es cierto que conocí a gente fascinante —afirmo tratando de evocar lo mejor de aquella época oscura y cruel—. A su lado aprendí muchas cosas.

Por un instante cierro los ojos, olvido la entrevista de que soy objeto, y me dejo acunar suavemente por los recuerdos. El periodista parece comprender mi silencio y lo respeta. Quizás cree lle-

gado el momento de tomarse un breve descanso y apaga de nuevo la grabadora. Hace ya tantos años de aquello que parece increíble que alguna vez hubiese sucedido. Sin embargo, en medio de la carnicería, también hubo ocasión de forjar entrañables amistades que perdurarían en el tiempo.

De todas ellas, la que me dejó mayor huella fue probablemente la que mantuve con aquel corresponsal inglés, alto y desgarbado, que llegó a Madrid en compañía de otros colegas norteamericanos, en busca de emociones fuertes. Se llamaba Tom Weaver y trabajaba para el *News Chronicle*. A diferencia de otros compañeros de su profesión, que necesitaban la ayuda de un traductor, él hablaba un español impecable.

Fue en las inmediaciones de la oficina de prensa, que se había establecido en el edificio de trece plantas de la Telefónica, en plena Gran Vía, donde contacté con él por primera vez. Desde allí, los enviados especiales entregaban sus artículos a los censores antes de poder comunicarlos, por vía telefónica, a sus periódicos. Por la noche se ponían incluso camas plegables para aquellos que esperaban todavía para enviar sus informaciones.

Yo llevaba ya algunas noches merodeando por la zona de Callao, en compañía de un agente de la NKVD, taciturno y corpulento, que nunca abría la boca y simplemente se limitaba a acompañarme en mis rondas nocturnas. Se llamaba Vladimir Poliakov y jamás supe realmente si aquel hombre hablaba o no una palabra de español.

Tampoco supe nunca a qué se dedicaba y lo único que sí hacía muy bien —supongo que por indicación expresa de sus superiores— era seguirme a todas partes y pegarse a mí como si fuese mi propia sombra. Me imagino que después informaba a sus jefes de todos mis movimientos. Y seguro que lo hacía de forma exhaustiva. A los soviéticos, como a Franco, les gustaba tener las cosas bien atadas.

El caso es que, desde hacía algún tiempo, teníamos fundadas sospechas de que un grupo de quintacolumnistas bastante activo operaba en las cercanías de Gran Vía. Su trabajo consistía, básicamente, en operaciones de agitación y propaganda. Y nuestra mi-

sión consistía en infiltrarnos entre ellos y, si era posible, desarticular la célula.

Conocíamos ya la identidad de nuestros objetivos. Con la mayor parte del trabajo ya realizada, nos limitábamos a someterlos a una estrecha vigilancia, aguardando el momento oportuno para caer sobre ellos con sigilo y eliminarlos. Los rusos no querían cometer errores, dejar cabos sueltos, y aplicaban un celo extremo en este tipo de operaciones.

Fue precisamente durante uno de esos seguimientos cuando tuve mi primer encuentro con Tom Weaver. Y la verdad es que no fue demasiado afortunado. Él acababa de abandonar la oficina de prensa, visiblemente cariacontecido, y avanzaba a grandes pasos por la Gran Vía. Lo que me contó, después de que casi me hubiese arrollado en mitad de la calle, era que los censores habían abortado uno de sus envíos.

Al parecer, la crónica que había leído para su periódico no se correspondía, en algunos de sus párrafos, con los del texto censurado. Y a causa de esa anomalía, los responsables de la oficina habían cortado la comunicación de inmediato. Los primeros censores no entendían el inglés y, por lo tanto, los artículos tenían que traducirse al español antes de que se aprobase su transmisión.

El corresponsal del *News Chronicle* no tenía ese problema. Su español era muy fluido y, además, era un gran admirador de nuestra cultura. Simpatizaba abiertamente con la causa republicana y esa circunstancia, como era de esperar, le resultaba muy útil en su trabajo. Sus valiosas fuentes le proporcionaban, con frecuencia, información veraz sobre el curso de la guerra.

Gracias a Tom y a las juergas que compartíamos a menudo en el Florida, el majestuoso hotel de la plaza de Callao, tuve ocasión de departir con algunos de los más brillantes periodistas extranjeros de la época. Para mí, que había abandonado los estudios de Derecho para volcarme en las actividades del partido, suponía un gran privilegio estar presente en unas tertulias que solían frecuentar Herbert Matthews, Ernest Hemingway, John dos Passos, Martha Gellhorn o Virginia Cowles.

Tras culminar con éxito la desarticulación de la red de quintacolumnistas que operaban en la Gran Vía, y que me había mantenido ocupado cerca de tres semanas, me acostumbré a acompañar a mi nuevo amigo en sus habituales recorridos por la ciudad. A veces incluso nos juntábamos con algunos de sus colegas para ver los combates del frente. Y lo hacíamos desde un edificio demolido, en el paseo de Rosales, que daba a la Casa de Campo.

En otras ocasiones, si queríamos seguir el desarrollo de las escaramuzas, nos reuníamos con Virginia Cowles en su habitación de la quinta planta del Florida, que se hallaba situada en la línea de fuego de la artillería de Franco.

La periodista norteamericana me había causado una gran impresión. Con una mirada penetrante, una nariz ligeramente respingona y sus ademanes elegantes y desenvueltos, yo siempre buscaba cualquier pretexto para conseguir su compañía. Y para ello, recurría a la ayuda de mi compañero, que no era ajeno, en absoluto, a la fascinación que su atractiva colega ejercía sobre mí.

Siempre recordaré la primera vez que la vi en el amplio vestíbulo del Florida, vestida de negro, con gruesas pulseras de oro en sus muñecas. Y unos zapatos a juego, con tacones muy altos, que acentuaban aún más su imponente presencia. De no haber sido por Hemingway, que cuando no luchaba contra sus demonios internos, buscaba pelea con el primero que tuviese más a mano, es muy probable que me hubiese visto involucrado en un lance sentimental de funestas consecuencias.

Aunque era consciente de que, con la inminente llegada de Isabel a Madrid, lo que menos me convenía era avivar las llamas de una pasión adúltera, la simple presencia de Virginia me alteraba el ánimo. Con la resignada desesperación que empuja a los suicidas, yo me forzaba a imaginar todo tipo de descabelladas aventuras junto a ella.

No me importaba lo más mínimo que su relación conmigo se limitase a tratarme con deferencia y afecto, al igual que hacía con cualquiera de los amigos de Tom. Ni tan siquiera consideraba un obstáculo insalvable la barrera idiomática que se interponía entre

nosotros. Ella no sabía ni una palabra de español y a mí me ocurría lo mismo con el inglés. A pesar de todo, enajenado por sus indudables encantos, solía dormirme por las noches pensando que, al final, el amor triunfaría entre nosotros.

Hemingway, vinculado sentimentalmente en aquel momento a Martha Gellhorn, pero poseedor ya de una sólida reputación como monógamo sucesivo, tampoco permanecía indiferente a los encantos de su atractiva colega. En cuanto empezaron a escasear los alimentos, fue afianzando su popularidad gracias a las abundantes reservas que almacenaba en su habitación del hotel Florida.

En algún momento pensó, con astucia, que si no lograba conquistar a Virginia con el corazón, lo haría directamente a través del estómago. Para ello disponía de poderosos argumentos que, si no eran elocuentes, sí resultaban al menos comestibles: panceta, huevos, café, tostadas con mermelada y una buena provisión de bebidas alcohólicas.

A pesar de las sensatas advertencias de mi amigo, desoí sus reiterados consejos. Y una noche en la que nos disponíamos, por cortesía precisamente de Hemingway, a dar buena cuenta de unas viandas en su habitación, me encaré con él.

Utilizando a Tom como traductor, le reproché abiertamente su conducta. Le recriminé, sin miramientos, que su actitud hacia Virginia, además de resultar impropia de un caballero, lo situaba al nivel de un chantajista ordinario y sin escrúpulos.

Hemingway enarcó las cejas y escuchó mis invectivas en silencio, con gesto circunspecto. Apenas un segundo después de que hubiese concluido mi duro alegato contra él, empezó a moverse de un lado a otro de la habitación como un oso enjaulado. Parecía un boxeador aguardando el momento oportuno para asestarle el golpe definitivo a su adversario. Mientras Tom, temiéndose lo peor, nos miraba alternativamente a ambos con los ojos muy abiertos.

Al cabo de un instante que se me hizo interminable, nuestro anfitrión acomodó el buque desfondado de su cuerpo en una silla. Nos dirigió una mirada indolente cuyo significado no alcanzamos

a descifrar. Y se limitó a echar un trago de la botella de ginebra que tenía sobre la mesilla.

Aunque aquel incidente, conociendo su carácter, se resolvió de forma incomprensiblemente pacífica, las cosas ya no volvieron a ser lo mismo entre él y yo. Poco tiempo después de aquello, rompió su amistad con John dos Passos y contribuyó, un poco más, a alimentar su leyenda de escritor atrabiliario y pendenciero.

Sin embargo, y en contra de lo que esperaba, mi intervención en defensa de Virginia surtió el efecto contrario que yo deseaba. Ella, que el día de la refriega dialéctica estaba ausente pero sabía todo lo que había ocurrido por el corresponsal del *News Chronicle*, me castigó desde entonces con una actitud más distante.

De repente, como si estuviese proscrito, dejé de asistir a las tertulias del Florida. Y, por supuesto, me abstuve de frecuentar la habitación de Virginia, que con el paso de los días se convirtió simplemente en un bonito recuerdo. Aunque nunca supe a ciencia cierta qué fue lo que motivó su cambio de comportamiento, yo lo atribuí al ascendiente que Hemingway ejercía sobre el resto de sus compañeros de profesión.

Regresé a mi rutina y a mis incursiones urbanas con el reportero inglés. Con él compartí los días más duros del asedio, justo cuando las columnas africanas de Franco se hallaban muy cerca de la capital, y parecía que el desenlace de la guerra era inminente.

En aquellos días, un desagradable incidente que le había enfrentado con Mijail Koltsov, el todopoderoso corresponsal de *Pravda*, me reafirmó en la idea de que, acompañarlo en su trabajo, resultaba incluso más excitante y peligroso que perseguir quintacolumnistas por Madrid. También para descubrir que, cuando las cosas venían mal dadas, el periodista británico era un tipo gallardo que no se arredraba ante nadie.

Si su animadversión hacia el ruso se había acentuado tras rivalizar por los amores de Kate Buckley, una bella colega norteamericana que trabajaba para el *New York Times*, el nuevo episodio

en el que ambos se vieron envueltos puso de manifiesto que sus diferencias eran irreconciliables. Fue precisamente a raíz de aquello cuando intuí que, contrariar a los asesores soviéticos, además de contraproducente, podía resultar muy peligroso.

Un artículo de mi amigo sobre la desmoralización que cundía en las tropas republicanas había destapado, al parecer, la caja de los truenos. Al coincidir un día en la oficina de prensa, en Gran Vía, Koltsov, impecablemente vestido y con su fría mirada de escualo, le recriminó el tono derrotista empleado en la crónica. Lejos de amilanarse, Tom hizo caso omiso de sus reproches y, alzando la voz, le advirtió que no se inmiscuyese en su trabajo.

Por un momento creí que la discusión iba a quedarse en eso. Sin embargo, no tardé en darme cuenta de que aquel suceso amenazaba algo más que su reputación profesional. De nada sirvió que yo invocase mi condición de colaborador eventual de la NKVD. Tampoco esa hiena de Poliakov, que se encontraba a mi lado como de costumbre, hizo nada por ayudarnos.

La afrenta a Koltsov, en presencia de otros corresponsales extranjeros, era demasiado grave. Y comprendimos que ya no había vuelta atrás, que no había palabras para resarcirlo de la humillación de la que se consideraba objeto. Ahora, con la mayor contundencia posible, íbamos a tener ocasión de sufrir, en carne propia, lo que les ocurría a aquellos que se atrevían a contravenir sus designios.

No hacía ni cinco minutos que acabábamos de abandonar el edificio de Telefónica, cuando tres milicianos nos abordaron en plena Gran Vía y nos conminaron a que subiésemos a su automóvil. Mientras Poliakov se escabullía directamente calle abajo, Tom y yo intercambiamos una mirada de puro terror. Ambos sabíamos muy bien cuál era el destino de los desdichados que eran obligados a subirse a un vehículo en esas circunstancias.

Me acaricié el mentón y permanecí unos segundos en silencio, tratando de amortiguar mi desconcierto. Desde luego, no estaba

acostumbrado a que un desconocido me abordase en una cafetería, se sentase a mi lado y me ofreciese un trabajo, algo que se había convertido en un bien muy escaso. Mi interlocutor debió advertir la expresión incrédula de mi rostro y no esperó a que me pronunciase.

—Entiendo perfectamente sus dudas, señor Beltrán —me dijo tratando de resultar convincente—. Pero le aseguro que mi oferta es seria y haría usted muy bien en estudiarla. Además, si me lo permite, en la situación en la que se encuentra, no tiene mucho que perder.

Sus palabras, aunque no me agradaron, me situaron frente a una realidad amarga e ingrata que, muy a mi pesar, no podía eludir. Lo único cierto es que me encontraba en la calle, sin dinero, sin empleo y, lo que es peor, sin esperanza. Supuse que, en esas lamentables circunstancias, bien podía permitirme el lujo de embarcarme en una aventura cuyo desenlace, como mal menor, solo podía considerar incierto.

—Está bien —apunté sin el más mínimo entusiasmo—. ¿De qué se trata?

—¡Estupendo! —exclamó Fulgencio Antúnez con aire satisfecho por mi desganada respuesta—. ¡Ya verá cómo no se arrepiente, hombre!

—Dígame algo —lo atajé tratando de frenar el sentimiento de euforia que ahora lo embargaba—. ¿Este encuentro no ha sido casual verdad?

—¿A qué se refiere? —me preguntó con un punto de ingenuidad que consideré muy poco creíble.

—Quiero decir que usted lleva ya algún tiempo siguiendo mis pasos. Y que su presencia aquí, en este establecimiento, es cualquier cosa menos fortuita.

—Es cierto —admitió mirándome de soslayo—. Hace ya un par de semanas que le sigo la pista. Sus excompañeros en televisión me proporcionaron información valiosa. Gracias a ellos supe que usted visita, a menudo, a un amigo de la infancia que reside muy cerca del antiguo cine Callao. En realidad, fue sencillo dar con

usted. Sabía que, si frecuentaba la zona a diario, antes o después acabaría encontrándolo.

—Ya veo que no ha perdido el tiempo —añadí con cierto recelo—. Como detective privado no tiene usted precio.

—No me interprete usted mal —por primera vez tuve la impresión de que mis reticencias lo descorazonaban—. Soy un hombre responsable y conozco mis prioridades. Y usted encaja a la perfección en ellas. No hubiera dado este paso si no estuviese seguro de que su colaboración puede resultarme útil.

—Pues perdone que insista, pero no veo cómo. Además, tampoco sé por qué debo ayudarle si yo no gano nada a cambio.

—Aún no he tenido ocasión de explicarle mi oferta —afirmó mientras se revolvió ligeramente en su silla—. Quizás cambie de opinión cuando la haya escuchado.

—Pues, muy bien, adelante —manifesté con ademán resuelto—. Cuénteme lo que tenga que contarme. No puedo permitirme el lujo de pasar aquí todo el día.

—Gracias por su atención —agregó con alivio—. No le robaré mucho tiempo.

—Eso espero —apostillé.

Fulgencio Antúnez carraspeó. Y, en un gesto que juzgué instintivo, se mesó los cabellos. Por un momento, la seguridad que había exhibido durante su presentación pareció quebrarse. Con voz ligeramente trémula, comenzó a desgranar la historia que quería contarme.

—Le sorprendería saber la cantidad de conclusiones interesantes que uno puede extraer de la simple observación de alguien —aseguró mirándome fijamente—. Los seres con clase, por ejemplo, son casi siempre incapaces de exteriorizar sus sentimientos. Los ocultan con sigilo y los proyectan después, con infinita generosidad, sobre las vidas de los demás.

—Un momento, un momento —lo interrumpí absolutamente desconcertado por lo que acababa de escuchar—. ¿Va a seguir usted hablándome como un catedrático o va a ir al grano?